

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 9 DE DICIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.236

LOS TURBIOS ESPEJOS DE LA PINTURA



El pleito de *La Belle Ferronière* y el menos ruidoso, pero nacido de iguales razones, del cuadro de Renoir, que su comprador dudaba fuese de Renoir, actualizan los comentarios acerca de esos turbios espe-

jos de la pintura, como podríamos llamar a los cuadros falsos.

No siempre se llega a una solución satisfactoria en esta clase de asuntos. Porque si hay algo quebradizo y hostil al criterio ajeno, es la vanidad de un poseedor o de un tasador de obras pictóricas, en el caso de que éstas resultaran falsas.

Moreau Vauthier cita el hecho del propietario de un paisaje de Guillemet que llevaba falsariamente la firma de Courbet, y que al ser advertido de la falsificación, contestó: «Bah! ¡Si se lo he comprado yo mismo al propio Courbet!»

Coleccionistas y marchantes conocen capaces de afirmar que se entendieron directamente con Murillo para comprarle sus sendos lienzos, notoriamente falsos.

Porque una de las innumerables mo-

lestias y penalidades que acarrea el escribir acerca de asuntos artísticos, es la de acudir a las llamadas, menos o más inocentes, de quienes aseguran poseer obras de grandes pintores de ayer.

Casi a diario surgen chamarileros o simples particulares que poseen o creen poseer un Velázquez, un Goya, un Greco—son los casos más frecuentes y endémicos—, en tal cantidad, que habrían precisado aquellos pintores doscientos años de vida y cuádruple número de manos para pintar cuantos lienzos se les atribuyen.

Para escarmiento de vanidosos, enseñanza de cándidos y simple entretenimiento de lectores desocupados, bueno será repetir lo que varias veces se ha dicho acerca de los cuadros falsos y de la astucia de los falsificadores.

Horsin Deon, en su obra *De la conservation et de la restauration des tableaux*; Paul Endel, en *Le Truquage*, y, sobre todo, Moreau Vauthier, en *La peinture*, dan materia suficiente para ello.

La falsificación más «honrada»—valga la paradoja—es aquella que tiene por base un cuadro antiguo, de una gran escuela, pero debido a un artista inferior de dicha escuela.

Son los llamados en italiano *quadri*

di fabrica, y en francés, *tableaux a tour-nure*.

En ellos «se encontraban (Horsin Deon) reunidas las condiciones exigidas para una obra maestra antigua: vieja tela, vieja y agrietada pintura, con todas las enfermedades de la edad, reales, indiscutibles, auténticas, y una factura no menos auténtica y real. Como, después de todo, esta obra, sin mérito alguno, procedía de un artista vulgar e insignificante, era fácil transformarla por medio de hábiles toques y veladuras, hasta alcanzar el estilo del gran pintor jefe de la escuela».

En cuanto al modo de patinar esos toques para envejecerlos convenientemente, el *pasticheur* puede utilizar indistintamente azafrán, hollín desleído, regaliz o café. Luego se barniza y se completa la obra atenuando el brillo del barniz demasiado reciente con una mezcla de laca amarilla, betún y arcilla roja.

Pero entre estos cuadros falsos que, como las mentiras más peligrosas, tienen un fondo de verdad, y las modernas cosmopoligrafías alemanas—rascada la parte posterior del cromo con piedra pómez y pegada la película sobre un lienzo viejo—que ofrecen primitivos germánicos o italianos a los burgueses enrique-

cidos, hay una serie enorme de procedimientos y martingalas.

Ocupan, como es natural, el primer puesto las copias hábilmente hechas de obras maestras, bien con toda fidelidad o bien con leves modificaciones, inspiradas en otros detalles o figuras del mismo artista.

Unas veces obra el falsificador por cuenta propia y otras en complicidad con el propietario o custodio de las obras, o por cuenta de un marchante poco escrupuloso.

Moreau Vauthier recuerda la anécdota del retrato de León X, por Rafael, que copió Andrés del Sarto por encargo de un Médico y que fué regalado al duque de Mantua como una obra original. Era tan perfecta la copia que engañó al propio Julio Romano, y seguramente hubiera, seguido atribuyéndose a Rafael si no hubiera descubierto la superchería Jorge Vasari, que siendo discípulo de Andrés del Sarto presenció la copia e incluso colaboró en ella.

En Francia, en Italia, incluso en España, es frecuente el caso de nobles arruinados o de entidades religiosas que encargan copias de obras originales que les pertenecen para sustituir a éstas y venderlas sin peligro de ser descubiertos. Pasan los años, mueren los cómplices de la superchería, y estas copias adquieren—como novelescos aventureros que se apoderasen de nobiliarios títulos—una autenticidad indiscutible.

«En las ventas por fallecimiento de un artista célebre—dice Moreau Vauthier—se encuentran con mucha frecuencia estudios empezados, cuadros apenas abocetados. Como llevan en el dorso la estampilla oficial de la venta, los falsificadores se aprovechan de esta circunstancia para pintar sobre el lienzo, apenas manchado, una composición completa, dotada de una autenticidad absoluta y que se puede vender a buen precio.»

El falsificador de cuadros antiguos no retrocede ante nada. Crea la crasitud, la mugre secular por encima o por debajo del barniz, vertiendo sobre las telas recién pintadas la mezcla dicha en un párrafo anterior, u otra de jugo de regaliz y ceniza, que extiende y frota con la palma de la mano.

Ni siquiera prescinde de las huellas de las moscas, que se imitan con un pincelito mojado en goma, teñida con sepia y tinta china.

Incluso añade algunos toques preconcibidamente burdos para indicar torpes restauraciones.

Pero aún no está completa la obra. Hace falta obtener los resquebramientos, la dureza, el «dorado» con que el tiempo ennoblece a los cuadros antiguos. Y entonces llega el momento de *passer au four*, de cocer un poco la obra en el horno de un panadero, con lo cual la pintura adquiere indicios de una «edad avanzada». Si no se ha resquebrado bastante, se puede emplear una simple aguja o, en último caso, los martillazos sobre una plancha de metal que se coloca sobre el lienzo y dejando a éste en hueco.

Por cierto que el procedimiento de la aguja o del punzón, que hace un agujero redondo o resquebraja el color, según



ALDEANAS DE PASEO, CUADRO DEL GRAN PINTOR SUIZO FERNANDO HODLER

Ayuntamiento de Madrid

la época en que fuera pintado el lienzo, pierde igualmente su eficacia con esta sequedad y dureza que adquiere una pintura *passée au four*.

Como también se defienden los falsificadores contra la prueba del alcohol. La pintura reciente no resiste la más pequeña fricción alcohólica, y la antigua, sí. Basta, sin embargo, extender sobre el cuadro falso una ligera capa de cola para que el alcohol resbale sobre ella.

En cuanto a la firma — dice Moreau Vauthier —, es imitada por especialistas que conocen exactamente las firmas de todos los artistas célebres. Estos eruditos de la pintura, llamados monogramistas, saben las costumbres de cada gran pintor, la manera y el sitio, cómo y dónde firmaba y el color preferido para ello. Llevan su habilidad hasta el punto de ocultar, a veces, la firma bajo una capa de suciedad o de color, dejando al cliente la satisfacción de descubrirla por sí mismo. ¿Cómo ha de dudar éste de la autenticidad de su adquisición?

Contra las falsificaciones de cuadros empieza a emplearse el aparato microfotográfico de un sabio inglés, Mr. Laurie, que es un experto conocedor de escuelas, autores y técnicas pictóricas.

Mister Laurie proyecta sobre un vidrio deslustrado aquella parte más característica y representativa de la factura de un gran pintor. Un aumento de tres diámetros consiente establecer la diferencia de pincelada entre una obra original y una copia, por hábil que ésta sea.

Como demostración de la infalibilidad de su procedimiento, analizó una cabeza de mujer del cuadro de Watteau, *Fiesta campestre*, que existe en el Museo de Edimburgo, comparada con la pintada por un copista.

Luego ha descubierto la falsificación de un Teniers apócrifo, valiéndose de una microfotografía de un Teniers auténtico que existe en la National Gallery.

Sólo faltaba que este último Teniers no sea tampoco auténtico, porque precisamente se trata de uno de los autores más falsificados... y más falsificadores. Paul Endel afirma en *Le Truquage* que *n'a épagné personne et a produit des pastiches de Titien lui même*.

De todos modos, la intención de mis-

ter Laurie es buena. Para descubrir falsificaciones anteriores y para perfeccionar las futuras. Porque el auxilio de un buen aparato microfotográfico servirá

para conocer mejor las pinceladas de los maestros... y copiarles con toda exactitud.

José FRANCES

Un novelista francés — olvidado —

JUAN ANTONIO NAU

No hace mucho se ha conmemorado en Francia a este novelista, francés por la ascendencia y por el idioma, californiano por su nacimiento, hispano por el espíritu, que se llamó Juan Antonio Nau—John-Antoine Nau, firmaba él, en forma híbrida francobritánica—, que obtuvo el primer premio otorgado por la Academia Goncourt, en 1903, con su novela *Force ennemie*.

Juan Antonio Nau era «el Ángel de los Trópicos», como le apellidaba Jean Boyère en un estudio bellísimo que le consagró en la *Revue de l'Amérique Latine* (junio 1922, París).

Los padres de Nau eran franceses, y a la muerte de su padre, cuando el niño apenas contaba siete años, abandonó, en unión de su madre, la tierra californiana, la tierra del oro y de los aventureros despreocupados y resolutos.

No volvió más a ella, y, no obstante, toda su obra está impregnada de visiones de aquellas tierras espléndidas... *Auroras splendides*, evoca él en alguno de sus libros—y de la imagen soberana del Océano Indico, «el vasto océano frígido y verde»... Mas estos relampagueos del paisaje californiano en sus libros, apenas son más que eso: relampagueos deslumbradores, centelleos de luz en sus visiones de infancia.

No le atrae el remoto país natal. Por el contrario, más bien detesta la nacionalidad en que el Destino le hizo nacer. Verdad es que él podía considerarse francés, y bien francés, ya que lo era toda su ascendencia paterna y materna.

Sólo fugazmente vuelve a la América del Norte, que no le inspira atractivo alguno. En 1883 visita, por acaso y muy de relance, New-York. Al contacto con el país del *dollar* sientese yankófono encarnizado, como un habitante de Colombia o de Panamá.

Lo que a él le interesa no es la vasta y compleja América del Norte, ni aun de ella esa fertilísima y aurífera tierra

californiana que Bret Harie ha cantado en sus inmortales *Bocetos* (*Californian Sketches*); esa tierra de mineros, aventureros de todos los países, obreros asiáticos, sin asimilar ni aclimatar, locos buscadores de oro...

Lo que le atrae, lo que le subyuga en toda la vasta y heterogénea América, son las Antillas—que él llama por antonomasia «las islas»... Es el mar Caribe el que le alucina... Todas las demás islas no son más que aproximaciones o pálidos reflejos...

«Nau se sentía desterrado en Europa... La Naturaleza joven y llena de savia, de allá lejos, tenía, a su parecer todas las virtudes...» Ha cantado con singular predilección las mujeres de aquellas tierras cálidas y doradas. Jean Boyère exalta su tropicalismo agudo y nos hace fijar nuestra atención en su mulata *Zaza*—una *Zaza tropical*—, de piel fina y fresca, de tez cobriza, de alma de arco iris turbio, alma a la vez de gitanilla y de hada, ebria de las suavidades del aire,

qui pleurait pour une chanson trop belle...

Pero su país de elección, su tierra prometida, su Edén perfumado y sonoro, su Canaán soñado, su Paraíso celestial, es nuestra España... La visita insistente. Entre los años 1886 y 1903 hace frecuentes viajes... Reside, a temporadas, en Málaga, en Soller (isla de Mallorca), en Tenerife, en Las Palmas...

En Tenerife vivió más de tres años. Allí escribió su novela, premiada por la Academia Goncourt: *Force ennemie*. Allí trazó y acabó también las novelas, aún inéditas, que componen *Les trois amours de Benigno Reyes*, comenzadas a publicar en la *Revue de l'Amérique Latine*...

En la misma isla de Tenerife acabó de escribir su volumen poético, de tan sugestivo y raro título, *Ayeres azules* (*Hiers bleus*), que en 1904 había de sus-

citar la admiración de los simbolistas René Ghil y Pierre Quillard...

Tenerife fué su refugio de concentración y de trabajo, su Edén de descanso y de poesía...

Todo en el ambiente español cautivaba a Nau. Llegó a ser jardinero y desecador de marismas en San Juan del Puerto, donde residió algún tiempo. Por lo demás, todo en él estaba predispuesto para que amase a España sobre todas las cosas... Su idioma materno fué el español, conjuntamente con el francés. Vivió en países hispánicos o de habla española.

Se había asimilado de tal modo todo lo español, que hasta nuestros defectos enaltecía. Participaba en nuestras amarguras y catástrofes nacionales...

Así, con ocasión del derrumbamiento de nuestro Imperio colonial, se dolió mucho y anatematizó a los Estados Unidos, a los que detestaba «por *l'affaire de California* y el más reciente de Cuba»...

En ese momento angustioso para España se atrevió a pronunciar frases contra los Estados Unidos que ningún español osaría suscribir hoy, por caballería y por hidalguía...

«Todo lo del español agradaba a Nau —comenta Boyère—: la altivez, el espíritu caballeresco, el desdén por las riquezas, la imaginación colorista y también el fervor religioso, en él tan profundo...»

Siendo este literato un escritor de primer orden, un novelista de alta categoría y un admirable poeta, que en Francia es justamente estimado por los grupos más selectos... ¿cómo ningún editor español ha acometido la empresa de traducir sus obras, o, por lo menos, algunas de ellas al castellano?

Aquí están su novela premiada, *Force ennemie* (1903); *Cristóbal el poeta* (1904), *Le préleur d'amour* (1905), *Le Gennia* (1906) y *Vers la Fée Viviane* (1908).

¿No merece este homenaje literario, que sería bien recompensado por un público selecto y numeroso sin duda, que se sentiría arrastrado hacia sus obras, un escritor que tanto amó nuestros paisajes, nuestras costumbres, nuestro carácter?... Bien lo merece quien tanto se apasionó por nuestros problemas nacionales y, quien dijo, en defensa nuestra, palabras claras y vibrantes, arrancadas *ex imo corde*, que sólo un amor cordial y sincero hacia España pudo dictar...

Andrés GONZALEZ-BLANCO

OTRA VEZ HACIA CASA...

Otra vez hacia casa, huyendo al frío que la noche levanta en la llanura, vuelvo el bridaje al noble potro mío que marcha a paso largo de andadura.

El véspero radiante, esplendoroso, brilla lírico y trémulo en el cielo. Es la hora confortante del reposo y es la hora placentera del martelo.

Aléjase el gánán de la besana y va quedando el llano solitario. Tañe inquietante y grave una campana en un viejo y lejano campanario.

Espesos y ceñudos encinares destacan en el diáfano horizonte, y montañas azules, como mares, se extienden aún más lejos, tras el monte...

Esmaltan flores blancas las praderas, y otras flores menudas, amarillas, y el fondo manchan tierras barbecheras con el ocre color de las arcillas.

Se tienden en el llano los senderos sin término visible, serpeantes, por donde van los rudos arrieros y los mansos rebaños trashumantes...

La alegría del campo languidece,

y en la ribera, entre el follaje umbrío, la ígnea luz del crepúsculo enrojece el sonoro cristal del ancho río.

Estúmase en los surcos el lozano y verde florecer de los trigales, ipromesa de pan tierno en el verano en las rústicas mesas patriarcales!

Y al ocultarse el sol, tras la agonía crepuscular, se incendia el horizonte... Triunfa en el llano la melancolía y se acuestan las sombras en el monte...

Salamanca, dorada y orgullosa, dibújase al finar la carretera. Una mujer, en la ciudad gloriosa, suspira con afán porque me espera...

Nuestros hijos con ella, de su mano, aguardan mi regreso en los umbrales de la puerta de casa, entre el lozano y oloroso alentar de los rosales...

Yo voy en la ciudad los ojos fijos, y asáltame una súbita pavora; que he pensado, al pensar en estos hijos, en mi posible muerte prematura...

Son la cosecha de mi amor florida. Los que me dan aliento en el camino.

¿Qué será de estos niños en la vida? ¿Qué nos reserva a todos el Destino?...

Y al caer de lo alto de mis sueños evocando la muerte traicionera, tiemblo por estos hijos tan pequeños y tiemblo por mi pobre compañera...

Mas pronto en mí renace la pujanza de mi recio optimismo, la aguerrida canción de fe, de lucha y de esperanza que da el triunfo a los brazos en la vida.

De conquista acaricio alegres sueños, otra vez animoso, otra vez fuerte, juzgándome, al pensar en mis pequeños, vencedor del dolor y de la muerte...

Para ellos he de ser como una encina cobijadora en tiempo tormentoso, y tal que es en la noche campesina el mastín al rebaño clamoroso...

... Ya la luna, esa novia errante y muerta, aparece en el cielo blanca y yerta, siempre triste al rigor de su fortuna. Y la ambición—Pegaso—se despierta y vuela, delirando, hacia la luna...

Alberto VALERO MARTIN



EL MÁS BELLO RINCÓN
DE ESPAÑA

EN LAS VERTIENTES DEL PIRINEO



No hay región en España de más variados y diversos panoramas, de paisajes más sorprendentes, de contrastes más rudos, de evocaciones más poéticas que toda la parte alta de Navarra, coronada por el Pirineo francés, teniendo a un lado lo más fuerte y recio de Aragón y al otro la tierra vasca de Guipúzcoa. Dijérase que es una avanzada defensiva de España, que conserva en su tradicional pujanza esta región navarra, temerosa de que otra vez las huestes de Carlomagno intenten el asalto de los Pirineos por el desfiladero de Roncesvalles. No de otro modo se explica el aislamiento en que se tiene estos lugares estratégicos de la cadena pirenaica.

Desde la línea del ferrocarril del Norte, que bordea a distancia el contorno de la linde provincial, hasta el trazado de Tardienta a Jaca, queda toda la vertiente hispana del Pirineo sin otro acercamiento a vías de gran circulación que el ramal que une a Irún con Elizondo. Para ir a la capital de la provincia por ferrocarril, es forzoso dar un enorme rodeo. Luego, tres cuartas partes de este solar navarro están formadas por rocas y peñascales bravos e indomables; dijérase que hay una geología de los pueblos independientes y que aquí tienen sus más claras muestras.

Se ha conservado así, en esta parte norteña de Navarra, todo el ambiente, todo el color, todas las revelaciones típicas de épocas ya pasadas. A la grandeza de los panoramas que ha compuesto la Naturaleza con su inventiva inimitable, se une este amor de los montañeses a sus tradiciones, a sus costumbres, a sus leyendas, a sus historias y sus cantares, que son como el espíritu



Núm. 31.—Calle de Echalar. Lema: RONCESVALLES.

que da personalidad a la región. En la parte baja, el tráfico con La Rioja y con Aragón, y el acercamiento mismo a Castilla, ha restado originalidad y hace bo-

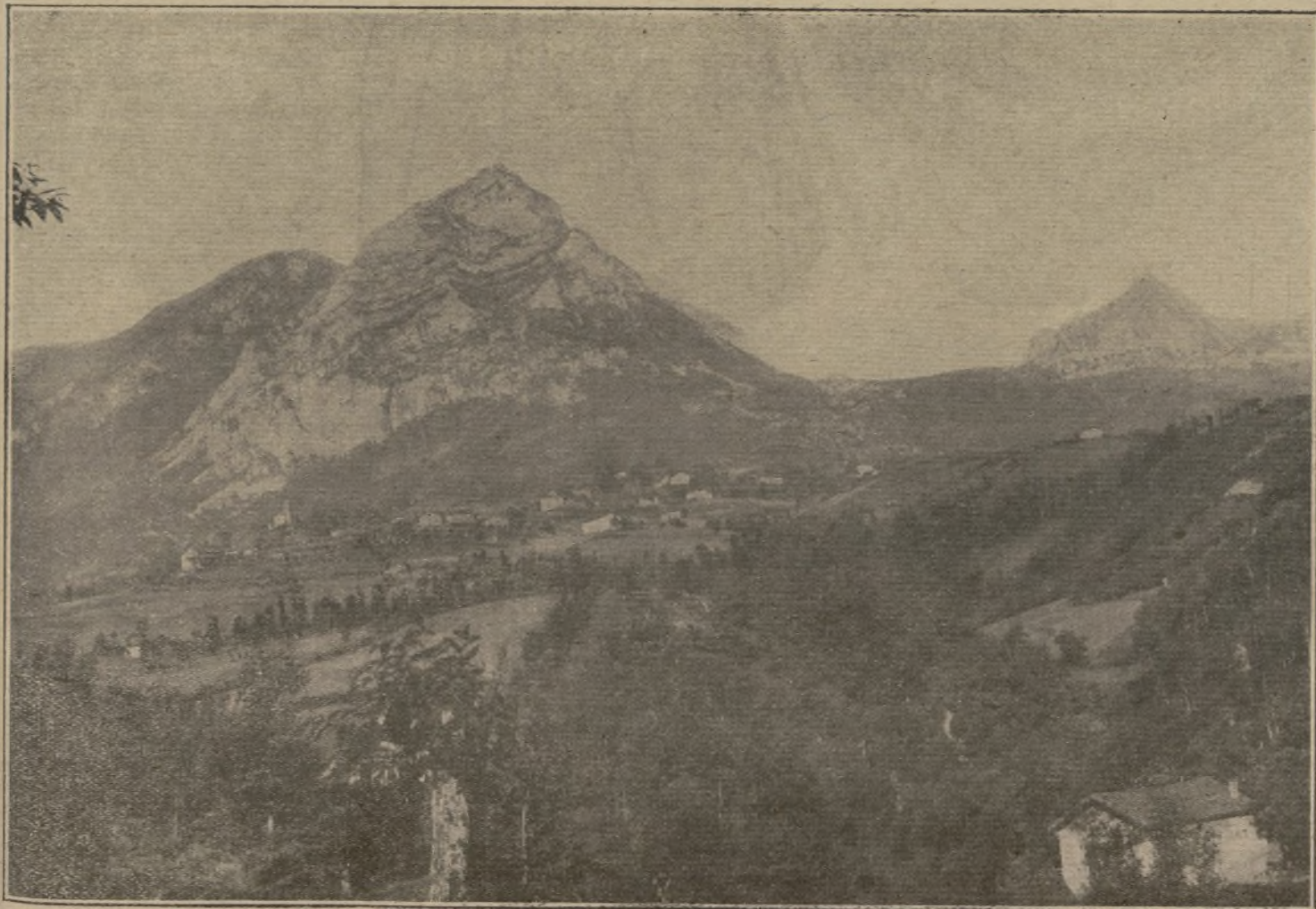
rrosa la fisonomía de la región étnica e histórica, que llegara a ser reino autónomo y engendrara gestas gloriosas y fuera como heraldo del gran reino de

Aragón, que lo precede en los arrostos heroicos y en las grandes ambiciones de salir hasta el mar y dominarlo.

La casona navarra difiere de la casa vasca. Parecen las aldeas navarras más enamoradas, más codiciosas de la luz; en los caseríos las portaladas son más anchas; los balcones y galerías avanzan más hacia fuera; hay más ventanales y más amplios, y se ostentan menos escudos nobiliarios. Las iglesias son más humildes; en cambio, dijérase que hay más refinamiento, más condescendencia en las obras de arte.

Ved al acaso este humilladero que se asienta sobre duros morrillos en Echalar. Su columna está finamente esculpida; un cincel cuidadoso trazó figuras en su capitel y modeló el Cristo pendiente en la Cruz... ¿Este escultor primitivo vino del Norte, peregrino de Reims o de Colonia, o subió desde Burgos, mesnadero del Cid?... Estos lugares, como Azcárate, el caserío de Arráiz, como Echalar, como todos estos valles y estos senderos, que ahora la Diputación ejemplar de Navarra tienen convertidos en admirables carreteras, parecen haber sido la vía de tránsito de antiguas civilizaciones, el camino que unía a la España que se desangraba en su tremenda lucha frente al agareno, con Europa, donde el Renacimiento pugnaba por romper las tinieblas de la Edad Media.

Y de este tránsito, que recorrieron reyes y caballeros de la Tabla redonda, peregrinos dolientes, trovadores en busca de cortes generosas y hebreos en busca de doradas doblas, cuando no tropas mercenarias en busca de botín, queda en los riscos y en los valles y en los caseríos como una estela, como un ambiente que los sublima...



Núm. 32.—Azcárate y sus montañas. Lema: NAVARRA.

Mínimo ESPAÑOL

LA PRINCESITA MUDA

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

Cuando nació la princesita Marilinda sus padres estuvieron a punto de volverse locos de alegría.

Pero al hacer la lista de invitaciones para el banquete del bautizo tuvieron un olvido que, ¡ay!, había de traer cola, y larga.

Después de que las hadas madrinas de la recién nacida la hubieron dotado de toda suerte de cualidades, todo el mundo se sentó alrededor de la mesa, y el rey, disponiéndose a servir la sopa, como buen padre de familia, empuñó con la mano derecha el hermoso cucharón de oro macizo, y con la izquierda levantó la tapa de la sopera.

Pero entonces, ¡horror!, salió una humareda densa y acre que hizo estornudar a todo el mundo no sé cuántas veces seguidas; luego, el humo se condensó, fué tomando forma humana, y en medio de la mesa apareció una horrible viejecilla, curvada, desdentada, calva, nariguda y barbuda. La vieja miró a los reyes con un aire de desafío que decía bien a las claras: «Aunque se os haya olvidado invitarme, aquí estoy yo.» Luego, saltó de la mesa, se dirigió hacia la cunita de nácar y marfil, donde la princesa dormía, sonriendo entre sedas y tules, y pronunció estas palabras espantosas:

Boca de fresa tendrás;
pero hablar no podrás
hasta que huelas la flor
de la montaña de Amor.

En seguida, lanzando una carcajada estridente, se convirtió otra vez en humareda, que hizo de nuevo estornudar a todo el mundo, y desapareció; de la sopera sólo salía ya un apetitoso aroma a puré de cangrejos con pan frito.

Pero los comensales estaban tan desesperados que nadie pensó en probar bocado. El rey blandía furiosamente su cucharón, y la reina empapaba en lágrimas su servilleta de encajes. Las hadas se miraban unas a otras, y una de ellas declaró tristemente:

—La bruja Krapeta es tan mala como poderosa: ha puesto para la curación de la princesa una condición imposible de cumplir. Habéis de saber que la montaña de Amor es de cristal, y tan escurridiza, que no puede darse un paso por ella. El imprudente que lo intentara caería en alguno de los abismos que habían de abrirse repentinamente ante sus pies; pero aun cuando los evitara no podría alcanzar la cima, que se alejaría a medida que él fuese acercándose. Además, arriba había de encontrarse, de manos a boca, con un dragón cuyas siete cabezas renacen instantáneamente después de cortadas. Este dragón custodia un cofre de bronce, sin cerradura, en el que está encerrada la flor mágica, y esta flor despidió un aroma ponzoñoso que mataría a todo el que intentara cogerla, sin regarla previamente con un elixir en el cual hayan hervido la uña de un pez, la escama de un león y la pluma de un gato.

Los sollozos de la reina redoblaron al oír estas explicaciones desconsoladoras:

decididamente su hija quedaría muda toda la vida.

En efecto; a los diez años, Marilinda aún no había pronunciado ni el «ajo... ajo...» que todos estamos hartos de repetir a los tres meses.

Y cuando cumplió los quince años, su padre, el rey, en vista de la enorme afluencia de pretendientes atraídos por la belleza de la princesa y por su gracia y su fortuna, declaró que concedería su mano al que le trajese la flor mágica de la montaña de Amor que había de devolverle el habla.

Ya los reyes empezaban a desesperarse, cuando un día se presentó un príncipe, llamado Floridoro, dispuesto a intentar la aventura, y...

nos. Os participo que hoy ha refrescado el tiempo, cosa que era de suponer, después de la temporada de lluvias que llevamos. Por cierto que el collar de perlas que papá me ha regalado el día de mi santo me gusta mucho, si bien le hubiera preferido de esmeraldas. Ayer me enseñó mi profesor de baile el paso de la jirafa; es algo difícil, pero me resulta bastante más gracioso que el trote de la langosta. Me pregunto por qué se ha puesto hoy mamá ese vestido azul, teniendo otro verde que le sienta mejor. En cambio...

—Pues verá usted, alteza—empezó Floridoro, que juzgó llegada la oportunidad para enterarnos de sus hazañas—: cuando emprendí el camino de la montaña...

Y dicho esto, montó de un salto sobre su caballo y desapareció.

—¡Ay, hija mía!—lloró la reina—. ¿Qué has hecho?

—¡Déjalo, mamá!—contestó la princesa, a quien el silencio ya le iba pesando—. ¿Qué más da que se haya marchado? Ya sabes que «a rey muerto, rey puesto», y...

—Oye, nena—protestó el monarca—, ya se te podían ocurrir otros proverbios en mi presencia.

Pero la princesa no le oía, ni oía a nadie, ni se ocupaba más que en hablar sin reposo; cuando se paró un minuto para respirar, notó que se había quedado sola; los cortesanos habían huido, atolondrados, y sus papás yacían sin sentido. Pero a ella, ¿qué le importaba? ¡Con tal de seguir hablando...!

Y así fué, un día y otro día; ya la princesa no paraba de hablar con increíble volubilidad, y los pobres reyes, aterrados, convocaron con urgencia a todas las hadas y a todos los médicos del reino. La opinión de estos personajes fué unánime: difícil, pero no imposible, puede ser devolverle el habla a una princesita muda; mas, desde que el mundo es mundo, no se ha inventado nada, mágico o humano, capaz de atajar la lengua de una mujer charlatana.

Y Marilinda llevaba camino de quedarse para vestir imágenes, porque los pretendientes que acudían, al enterarse de que había recobrado el habla, huían, tapándose los oídos, al comprobar el abuso que de ello hacía.

Abandonada y rechazada por todo el mundo, la princesita se pasaba los días atolondrando a su gato y a sus canarios, cuando se presentó en palacio un rey, ni muy joven ni muy gallardo, pero rico y poderoso, que se había enamorado de ella con sólo ver su retrato.

Convencidos, ¡ay!, de que huiría como los demás, los soberanos le presentaron a su hija, que en el acto pegó la hebra con entusiasmo. Pero he aquí que el pretendiente seguía mirándola con arrobo y hasta, ¡oh, hercismo!, la escuchaba, sin dar muestra de impaciencia ni de aburrimiento.

Entonces todo el mundo comprendió el motivo de su serenidad angelical: ¡estaba sordo como una tapia!

—¡Ay, qué bien!—gritó la princesa, batiendo palmas—, ese es el marido que a mí me está haciendo falta; me dejaré hablar a mis anchas; no me encontrará charlatana, no se llevará las manos a los oídos, ni huirá de mí, ni...

Con la esperanza, vana, naturalmente, de hacerla callar durante unos minutos, el rey se apresuró a fijar la fecha de la boda. Y se casaron y vivieron felices, y además de las perdices tradicionales, comieron manjares exquisitos y, entre otros,

para terminar la historia,
un buen pollo en pepitoria.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



¿Cómo se las arreglaría el tal Floridoro para subir por el cristal resbaladizo, salvar los abismos, alcanzar la cima inaccesible, cortar de un golpe las siete cabezas del dragón, abrir el cofre sin cerradura y, sobre todo, proporcionarse la uña de pez, la escama de león y la pluma de gato, con las cuales fabricó el elixir que convirtió las emanaciones ponzoñosas de la flor mágica en aroma curativo de la mudez de la princesa?

¿Cómo? ¡Ah! Si yo lo supiera, os aseguro que os lo diría con verdadero gusto; pero lo ignoro. Lo único que sé de cierto es que un buen día el príncipe Floridoro, en presencia de los reyes y de toda la corte, puso rodilla en tierra ante su adorada Marilinda y acercó la flor maravillosa a su naricilla sonrosada y respingoncilla.

Y al punto, ¡oh, prodigio! Marilinda abrió la boca y rompió a hablar.

—Buenos días, papá y mamá y la compañía—dijo—. Me alegro de veros bu-

—¡Cállese, cálese!—gritó la princesa— y déjeme hablar a mí. Me lo figuro todo. Seguramente contaría usted con la ayuda de alguna hada poderosa que se disfrazaría de vieja mendiga para probar su buen corazón y a quien la ayudaría usted a llevar su carga de leña. También puede ser que salvara usted un pajarillo a punto de ser devorado por una serpiente o...

—¿Pero es que no voy a poder colocar una palabra?—preguntó el príncipe, algo impaciente.

—¡Nada, nada! ¡No faltaba más! Déjeme usted hablar a mí—declaró Marilinda—. Yo bien sé que todas sus fatigas las da usted por bien empleadas, puesto que está usted tan enamorado que...

—¡Lo estaba!—exclamó Floridoro, exasperado—. Lo estaba mientras la tenía por una princesita discreta; pero dejó de estarlo desde el momento en que sólo es usted una cotorra insoportable.

MI ALMA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. GUTIERREZ-GAMERO

A cuyo son divino
mi alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Estos preciosos versos de Fray Luis de León, que de golpe acudieron a mi mente, trajéronme, a la par, el recuerdo de un hecho que parecerá inverosímil y que, sin embargo, es cierto de toda certeza.

Hace muchos años me dió por la pedagogía, creyendo de buena fe que enseñar al que no sabe era obra meritoria.

tente al juvenil entender, y de buenas a primeras me dirigió esta pregunta:

—¿Usted sabe dónde se encuentran las almas antes de entrar en los cuerpos?

—¡Hombre! — le contesté—. Honduras son esas que asomarse a ellas es peligroso. Déjame reflexionar, y cuando una muy detenida y concienzuda meditación me haya dado luz, que no sea la luz vulgar que perciben los ojos, sino la que alumbra y aclara el pensamiento, caso de que este resplandor me venga por obra casi sobrenatural, entonces veré de satisfacer tu deseo, pues antes precisa-

tarde y la espera no sea muy divertida, las almas irán en busca de sus cuerpos correspondientes, lo cual supone que ellas hallan como en depósito en tanto suena el toque de llamada general. Evidente es que la sabia Providencia habrá dotado a cada una de singular olfato y tino para dar con su envoltura terrestre, sin colarse en la ajena, pues conociendo de tales exquisitas condiciones la búsqueda, entre los millones de cuerpos que deben estar aguardando desde el óbito de nuestros primeros padres hasta la presente fecha, sería muy se-

que se hallan al alcance de nuestro examen, porque se han dejado sorprender gracias a la inquisitiva mirada del observador curioso y avisado, son tan diferentes y complejas que no muestran un hilo conductor fijo e inmutable que haga regla por donde se pueda establecer algo verídico acerca de la supradicha distribución y calidad.

Es de suponer, sin embargo, que en asunto de tanta monta háyase establecido uno de estos dos procedimientos, los únicos tocantes al reparto, pues por lo que hace a la calidad también se supone que toda alma nueva, recién salida de la mente del Altísimo, es perfecta en grado absoluto y sin la menor tacha. Primer procedimiento: alma virgen de lacerias, pasioncillas y chinchorreras minucias, que estrena un feliz mortal a quien se le otorga ese singular favor; segundo procedimiento: alma vieja, mal traída y peor llevada, llena de lacras, en evidente deterioro, que perteneció a un nante de siete suelas y ahora viene a vivificar un cuerpo destinado, por inexcrutables designios, a grandes crímenes, de esos que cambian en un periquete la faz de las cosas mundanas, a reserva, naturalmente, de una compensación cuando llegue el día de la trompeta.

Pero, ¿en qué se funda, cuál es la norma de la justicia distributiva referente al reparto? ¡Vaya usted a saberlo! Abandonemos este intrincado y abstruso problema, en la imposibilidad de resolverlo, y pasemos a otro asunto que trabuca más ideas y me tiene todo confuso, al tanto de la pregunta de mi discípulo.

Que existen almas preparadas para la supradicha inflación, según orden providencial, se cae de su peso en razón directa de su misma pesantez, pues no hay ningún mortal de los que vienen a hacernos compañía que no traiga su alma en su almarío. Se les echará a perder con el tráfigo de la vida y el contacto con las impurezas de la protervia ambiente; será peor o mejor, más mala o más buena, pero sin alma no acude nadie a este valla de lágrimas; y cuando se dice, pongo por caso, «ese hombre no tiene alma», no quiere decir que no la tenga, sino que es un desafortado truhán, incapaz de sacramentos. Pero de acuerdo todos en que el alma es inmortal, menos los materialistas, que a los creyentes en la otra vida nos corrompen las oraciones, ¿cómo se ha de entender esta inmortalidad? La interrogación no es ociosa, porque muchos creen que la inmortalidad de su alma empieza desde que se alojó en su cuerpo, y se equivocan de punta a cabo, porque aquella no es de ahora, ni de luego, ni de quitate tú para ponerte yo, sino de siempre, y quiero tranquilizarles diciéndoles que si alma ya era inmortal antes de su ayuntamiento con el envase que les tocó en suerte. Claro es que la inmortalidad presupone ausencia de inmediata creación; mas este punto se resuelve creyendo, a pie juntillas, que las almas traídas a este mundo encontrábanse en otros sitios, de donde acudieron, solícitas, cuando les llegó su vez, y que volverán a ellos o a otros así que torne la carne a corromperse y siga la rueda hasta que Dios se sirva pararla. ¿Que cuándo fué su creación? He aquí otro interrogante vacío de sentido, porque acostumbrados a que todo tenga principio y fin, no vemos más allá de nuestras narices, y no nos hacemos cargo de cuán fácil es comprender lo existente inmaterial y eterno por fue-



y muy digna de ejercerse en este país nuestro, tan necesitado de hombres abnegados que, sin ánimo de sacar provecho de la enseñanza con saneadas prebendas y múltiples emolumentos, vayan metiendo ciencia, más o menos barata, en las testas de los españoles reacios y perezosos, los más de ellos, para todo trabajo intelectual. No pasaba mi acervo científico de una modesta raya; pero lo suplía mi vocación, y por temporada corta ejercí de maestro, hasta que pufos literarios, que creí de mayor vuelo, me apartaron del oficio.

Explicando la clase de Psicología, huí de tropezar con un discípulo, aplicado y curioso, de esos que al finalizar la lección se dirigen al profesor, poniéndole a veces en un aprieto, para pedirle aclaraciones sobre cualquier punto resis-

me bucear de mis puertas adentro, reunir mis observaciones psíquicas y fortalecer la convicción que mediante este esfuerzo consiga.

Le pareció bien a mi discípulo al aplazamiento por mí solicitado, y a partir de la fecha de su pregunta estoy calentando los cascós para atrapar una idea y que no se me vaya por pies, porque en las cosas metafísicas que caen por fuera de un mediano pensar—como el mío—no sucede como en las puramente matemáticas, que unas a otras se eslabonan y se enhebran, sino que, faltas de lógica plasmante, huyen y se suelen quebrar de puro sutiles.

Yo, como todo fiel cristiano, creo en la resurrección de la carne, y afirmo que cuando llegue ese suspirado momento, y digo suspirado porque quizás llegue muy

mejante al cuento de la buena pipa.

Pero como a los seres nuevos que llegan a este mundo, sin pedirles permiso, por supuesto, no se les debe dotar de un alma vieja de las archivadas en el almacén, porque esto sería un escamoteo al respectivo cuerpo de lo que fué su complemento y nudo para discurrir por acá abajo, y el *sum cuique* seguramente es igual así en la tierra como en el cielo, no cabe duda de que en la inmensidad del que todo lo puede existen almas en número elevado a la *enésima* potencia para proveer a cuantos vienen a habitar el planeta y luego se van de él, quieras que no quieras.

De tal existencia dije antes que no cabe duda; pero si cabe en punto a la calidad y distribución de las almas, cosa muy difícil de dilucidar, pues aquellas

ra de la existencia material pegada a nuestro romo intelecto nada más que espiritualizando el entendimiento y convirtiéndolo en agente iluminante. ¿No es esto más claro que la luz meridiana? Por tal sencillísimo sistema se logra la evidencia de lo más enrevesado y oscuro, hasta explicarnos cuán lógica resulta la misma muerte, *verbi gratia*, porque una cosa tan sutil y divina como el alma resulta incompatible con el misérrimo cuerpo, y parece natural que aquélla esté deseando abandonarlo y volar a las etéreas regiones de donde salió, aunque el cuerpo no se entere de semejante deseo y le sepa muy mal la fuga si llegara a enterarse.

Yo declaro que merced al mencionado sistema, en momentos propicios a tamaño esfuerzo, que no apunto aquí para no alargar este sujeto, he contemplado las ideas puras con los ojos de mi alma, y a riesgo de que no se me crea, diré que en las profundidades del sueño, cuando el espíritu y el cuerpo se dan las buenas noches, he recordado, sin contar con lo suprasensible, sucesos, cosas y lugares, todo extraño y rarísimo, que jamás vi en mi vida terrena, y ésta me ha servido para persuadirme de mi existencia anterior, confirmando así los preceptos de sabios varones cuya enjundia intelectual vale mucho más que la mía, preceptos que contradicen los del autor de aquel infame epitafio puesto sobre una tumba en Roma, en la cual La Muerte se dirige al viandante y dice:

«Caminante, el paso ten
y no mires con desdén
esta losa sepulcral.
Oye mi voz, por tu bien,
aunque te suene muy mal.
No temas al Cancerbero
ni prepares tu dinero
para pagar a Carón,
pues el terrible barquero
fué una engañosa invención.
El muerto que aquí se encierra
y en el mundo movió guerra
con su espada victoriosa,
convertido en frágil tierra
hoy yace bajo esta losa.
Si pensando en la partida
creíste que en otra vida
hay un inmortal seguro,
da tu ilusión por perdida,
por tu vida te lo juro.
Y puesto que vivo estás,
no vuelvas la vista atrás
ni te ocupes del mañana...
y ni una palabra más,
no me juzgues charlatana.»

No respondo que sea exacta la traducción del verso yámbico grabado sobre la tumba a que aludo, mas esto significa; y lo he transcrito para que se vea cómo prendieron en épocas antiguas las enseñanzas de ciertas sectas filosóficas, que hasta de los sepulcros hacían carteleros de propaganda, cual si se tratara de un específico para matar cucarachas, cegando así los entendimientos propicios a las sanas doctrinas y dejándonos un poco de dada, que aún perdura y perdurará, por lo grato que resulta no cuidarse del porvenir, gozar del presente y echarse el alma a la espalda. Abominemos de semejantes lisonjeras teorías y continuemos.

La reminiscencia de mundos en los cuales yo he actuado, ignoro en qué forma ni en qué cuerpo, no es privativa de cada hijo de vecino, y tal merced, sin duda, me ha sido concedida en gracia a mi odio a cuanto huele y sabe a heterodoxo, mediante el cual privilegio puedo lezoñearme diciendo que he percibido la armonía de los números concordados y lo grado mi espíritu el vigor necesario para hallar el camino, sin tropiezo ni desvío, de la gloria eterna, ¡que no es chico hallazgo!

Pero mi mérito, si engendró la esperanza de dar con el sitio donde se encuentran las almas antes de albergarse en los cuerpos correlativos, la mencionada esperanza se quedó en el doteo, porque el tal privilegio no me proporcionó la antorcha iluminante conducente a la resolución de tan arduo problema.

Y estando mi pensamiento en tales divagaciones, me llegó, por arte de magia, el más estupendo y desconcertante regalo que puede conceder el Altísimo a un mortal. Y fué que mis cinco sentidos completos, con otros más cuyo alcance y descripción no puedo estampar aquí, por carecer nuestro pobre idioma, no embargante su flexibilidad, de palabras y frases que expresen las exquisiteces de mi prodigioso estado hiperestésico, aun echando mano de las túrgidas y flamigeras que hoy emplean los literatos de vanguardia, una buena noche me encontré, sin saber cómo ni de qué manera, delante de un sitio etéreo y vaporoso, todo pleno de luz diáfana que penetraba en mi organismo, diluyendo la parte corporal que tengo y dejándome no más que un algo inexplicable que no me atrevo a decir si sería alma, esencia pura, sombra o cosa que lo valga; algo que me hizo perder la noción de las dimensiones a que estábamos habituados los mortales antes de los nuevos y abstrusos descubrimientos.

En el umbral de tan inusitada mansión hallábase un ser que tornó aspecto de anciano venerable, al modo de los que por aquí se paraban, que yo dijudé por San Pedro, dado que aquello donde me encontraba debía de ser el cielo y en el cielo ejerce de divino portero el Santo Apóstol, según la doctrina corriente y moliente de todo fiel cristiano como yo.

Entre él y mi modesta persona se entabló el siguiente diálogo, en una lengua extraña que no recuerdo, pero indudablemente la que hablaron nuestros primeros padres, Adán y Eva, en el Paraíso, y acerca de la cual lengua nada han podido averiguar los filólogos más expertos y pacienzudos, por mucho que se han quemado las pestañas.

SAN PEDRO.—Ya sé a lo que vienes. Por un favor especialísimo se te ha permitido llegar hasta aquí. Pregunta y te responderé; pero ten muy en cuenta lo que dices al volver a la Tierra, porque los que tiráis de pluma sois algo indiscretos y lenguaraces, y si te vas del seguro recibirás el consiguiente castigo cuando tu alma abandone tu cuerpo y vayas a purgar las culpas que hayas cometido en el lugar destinado a tan salubre efecto, a no ser que fueran tales que cayeras bajo la jurisdicción y férula de Pedro Bctero, inexorable delegado de la Suprema Autoridad, para escarmiento de pícaros y castigo de malvados.

—Deseo, ante todo, ¡oh, varón santísimo!, que me lleves al departamento donde se encuentran las almas de los difuntos que aguardan el instante de escapar de él para cumplir la conjunción ordenada por el Señor—dije—; y entonces San Pedro hizome un gesto aquiescente, tiró hacia la derecha, la seguí, y, en menos que lo estoy relatando, por un camino que clareaba luz no parecida a la que todos vemos a diario, me puso delante de un lugar cuyo término perdíase en incommensurables lejanías, lleno de casilleros donde estaban las almas que yo quería curioséar, no multifariamente, sino ordenadas bajo un método incomprensible para los humanos que no han gozado de mi potencia mirífica.

¿Obstáculos para poner mi anhelante mirada en aquellos compartimientos, en los cuales hallábanse las almas cada una con su marbeta, como en el botamen de una botica, sin duda colocados de esta manera para que no confundiese la de

Julio César con la de Sesostris? Ninguno. Pero como San Pedro me hubiera advertido que aprovechase el tiempo, pues la licencia otorgante tenía un límite y a su fin acabábase el encanto volviéndome a mi ser natural, apenas pude, en mi rápido ojeo, husmear a mis anchas. Y a fe que nunca lo deploraré bastante, porque sólo con figurarme las cosas que hubiera dicho al volver a la Tierra, no más que con anotar en la memoria los ocultos motivos que empujaron a los hombres cumbres, cuya actuación hizo mella en la humanidad dejó rastro de su paso, se me volvía agua la boca.

Y objeto de mis amores España, ¿por qué no echar un vistazo en el alojamiento destinado a mi patria? Mucho habría-me placido un estudio minucioso; pero las horas iban corriendo y sólo me fué posible comprobar que desde las remotas edades hasta la presente si en España hubo; y hay, no pocos hombres merecedores del alto asiente, cedían en número a los hábiles, listos y avisados que saben arrimarse a su conveniencia. Digna de toque y pregonero tal investigación luego por mí publicada al dar cuenta a mis semejantes de las estupendas noticias adquiridas en los espacios donde lo miserable se esfuma y la mentira desaparece, corrigiendo así la plana a los presumidos de historiadores conspicuos; pero me quedé con las ganas y me fui derecho a lo más vulgar, a aquello que me interesaba, para no desmentir mi humano egoísmo.

Dotado de la prodigiosa facultad antes dicha, no me fué difícil tocar en el paraje donde se encontraban las almas vulgares, las que sólo tuvieron la misión de discurrir por el mundo, pocas veces para hacer gozar y muchas para hacer sufrir.

Dos almas femeninas influyeron en mi vida por modo absoluto, y las dos fueron de la suya cuando les llegó el turno providencial, abandonando sus preciosos cuerpos y dejándose luto en el corazón y llanto en los ojos.

Llamábase Pepita la interfecta número uno. ¡Válgame el Señor qué mujer aquélla! ¡Cuanto contara de sus gracias extrínsecas sería poco, y en lo tocante a las intrínsecas, la mayor alabanza pareceríame vituperio! La conocí en casa de los de Goviendes, una familia que en Madrid hacía punta de buen tono. Era la suprema espiritualización del sentimiento, como que alardeaba de llegar a las más sublimes y vibrátiles emociones estéticas por el conducto de su vía cordial.

Con tales aptitudes, sugerentes de natural atracción, ella, cayéndose de mi lado con verdadero furor, y yo muy contento de su fácil arrimo, pronto juntos, primero, nuestros gustos, y luego, nuestro querer. ¿Quién hubiera hecho ascos a tanta suerte? A escape presentóse el amor, que en ocasiones como ésta no pierde pie ni pscada, y nos lo juramos eterno, dígame mientras fuésemos aliento para suspirar dulces arrullos y dulcísimos panoramas poéticos. Por el amor me entré a tambor batiente, porque en en aquella época mi espíritu andaba algo desequilibrado, como el que no acierta a posarse, y las mimosas blanduras de Pepita serviríanme para reprimir la impetuosidad de mi humor errabundo y castrar su afán cascabelero.

¿Emparejarnos extramuros de los preceptos religiosos? Ni pensarlo, que en esto soy intransigente.

Pepita habitaba, sin más compañía que una criada, un modesto piso tercero de la calle de Válgame Dios; yo alquilé el segundo, y así nos comunicábamos con la frecuencia que nos venía en gana, mientras se arreglaban los documentos propios al sano fin de unirnos en sagrado e indestructible nudo. Y en tanto acudían los necesarios papeles,

¡qué sabrosos idilios, a veces en su casa y otras en la mía, según caían las penas! ¡Qué ratos tan encantadores cuando, a la querencia de la lumbre, yo la recitaba mis versos, que ella escuchaba embaida de puro gozosa, ayudándome al hallazgo de un consonante difícil y remolón a mi requerimiento! ¡Qué frases las suyas tan suaves y pegajosas para aumentar la fuerza de su amor! ¡.....! «No abuses del trabajo, prenda mía! ¡Mira que te debes a la posteridad! ¡No salgas hasta que quiebre el frío!...» Y por el estilo otras del mismo jeño, que lubricaban los resortes de mi platónica pasión.

Trescientos sesenta y cinco días duró el unísono de nuestros candentes corazones, y ya a punto de hacerme con los pedidos papeleros tuve que ir a cierta población andaluza, en cuyos Juegos florales se otorgó la rosa natural a mi poesía titulada *La mosca blanca*. Una semana empleé en dejarme festejar, y cuando volví... más me valiera *estar duermes*, que dijo el otro. Subí derecho al cuarto de Pepita, llamé, sin obtener respuesta, y harto del repiqueo, descendí hasta la covacha de la portera.

—¿No hay nadie en casa de doña Pepita?—interrogué ansioso.

—Se marchó antes de ayer. ¿No lo sabía usted? Ayer vino un carro de mudanzas y cargó con todos los muebles—contestó mi portera.

—¡Ah, sí! Ya caigo... Teníamos convenido su viaje—dije presuroso para disimular mi turbación.

Y subí a mi cuarto, creyendo que en él habría dejado la ingrata siquiera una palabra de despedida... Nada. Ni rastro de Pepita. Se marchó llevándose mis ilusiones y un cuaderno donde yo iba anotando las frases más felices que se me ocurrían para ponerlas en mis obras poéticas, de modo que pareciesen llegadas por el cauce de inspiración febricitante y del momento.

Primer desengaño que hirió la parte más viva de mis entretelas. Un día detrás de otro, socorro de los desesperados y alivio de los tristes, hizome poner a la fugada en el hueco de mi cabeza donde colocho los sucesos desagradables y luego lo cierro con candado de golpeillo; pero más tarde lo abrí para meter en su fondo la noticia del fallecimiento de Pepita.

Después llegó mi aventura con Inés Guareña. ¡Con qué placer la detallaría si no tuviese que guardar los recursos descriptivos que poseo para emplearlos en mi labor literaria! Con decir que en belleza sobrepasaba a Pepita, basta.

Al poner el pie en el estribo de un coche perteneciente al tren correo que va de Madrid a Barcelona, se me acercó un amigo y me suplicó que acompañase a la señorita de Guareña, que se encaminaba a la ciudad condal. Hubo la presentación de rúbrica y me hallé con la recomendada, solos ambos, en un departamento de primera. De primera también la señorita Inés, me pregunté si era mujer de carne turgente o una deidad puesta allí por el Ángel malo para claudicación de mi integérrima virtud. Sin gana de dormir la de Guareña, y yo más que despierto, pronto vinieron las confidencias que concitaron de consuno el mutuo desvelo y mi carácter bonachón y fácil para inspirar confianza.

¡Cuánta desdicha la de Inés! Huérfana de padre y madre, sin más recursos que su habilidad en labores de aguja fina, encaminábase a Barcelona para ponerse al amparo de una lejana parienta suya, institutriz de oficio, a ver si por medio de sus relaciones podía entrar en cualquier tienda de modas donde ganara lo necesario al fin natural de alimentarse. El relato de sus penas, hecho con voz dulcísima y aire candoro-

so, clara muestra de su ser virginal, me impresionaron sobremanera, y faltaria a la verdad si callara que a este efecto diluyente de mis propósitos, contrarios a nuevos deliquios eróticos, mucho contribuyeron las gracias de Inesita.

Llegamos al término de nuestro viaje, y claro es que durante las no dormidas horas que duró (tanto aleja el sueño el vaivén de dos corazones dispuestos a latir al mismo compás y tono) llegamos también a punto de que, sin decirnos nada que sonase a inteligencia amorosa, nos lo habíamos dicho todo.

Inesita, sin rumbo fijo tocante a hospedaje, y yo muy conocedor de la ciudad, la invité a que se alojara en el hotel donde acostumbro a parar; ella aceptó, y en él la puse ~~la~~ de mi habitación para evitar murmuraciones de la chismosa servidumbre.

Y al día siguiente, a buscar a la institutriz... ¡Echela usted un galgo! La tía lejana de Inesita habíase marchado al Extranjero. La desesperación entonces de mi protegida no tuvo límites, y sus lágrimas todas, sin perderse una sola, cayeron sobre mi alma. Con semejante inundación acuática imponíase remedios heroicos.

—No se alija usted, Inesita, ni pensemos en que la aguja estropee sus preciosos dedos haciendo repulgo. ¿Para qué estoy aquí?... Si quiere usted unir su nombre al mío, ésta es mi mano—dije, y tendí mi diestra a la atribulada joven, que se arrojó en mis brazos, ofrendándome su casta frente, sobre la cual imprimí un beso, sin barruntos de inquietud pecaminosa ni atisbos de glotona salacidad.

Decidido el matrimonio, escribí a mi secretario para que me enviase los papeles que no sirvieron cuando la inesperada marcha de Pepita, y en tanto venían aquéllos y los de Inés, la mostré las bellezas de la gran urbe catalana, y... ¿cuál fué la causa de su mal? ¿Quizás un vaso de leche en cuyo fondo se escondían microbios asesinos? ¿Acaso unos ostras cuando se hallaban en la época del celo, la peor para sorber esta clase de moluscos? Ello fué que al salir de un *restaurant*, donde comimos, Inesita sintióse indispueta, sobrevino un cólico tremendo, de lo más cerrado que imaginar se puede, llamé a varios especialistas y agoté todos los procedimientos terapéuticos que aquéllos aconsejaron. Todo fué inútil. Inesita Guareña murió en la flor de su vida y en la de mis sabrosos deliquios. Junto a su cuerpo virginal, del que no me separé hasta que se lo llevaron a la tumba fría, en momentos que jamás olvidaré, los más indicados para llamar a las Musas, hice una elegía llena de emocio-



nantes ideas poéticas que alguna vez saldrá cuando publique mis memorias. Mis versos darán cuenta exactísima de la inmensidad de mi pena, que en vil prosa no es posible pintar ni comprender.

¿Está justificado que yo quisiera explorar las almas de las dos mujeres que tanto amargaron mi existencia?... Como en un espejo brillante se aparecieron a mi evocación, y vi entonces lo no sospe-

chado, su vida entera, lo que de sus móviles quedó oculto a mi cándido espíritu. ¡Ni una ni otra sintieron por mí la fervorosa pasión que yo las consagré! Pepita me abandonó, yéndose en pos del timbalero que tocaba en la orquesta de un teatro, sin duda por lo que los timbales tienen de claro y sonoro, y la inocente Inesita... no me atrevo a poner aquí cuanto de ella supe, porque huyo de emporcar mi honesta pluma con materia vitanda.

Después de este horrible desencanto, ya no apetecí otra cosa que escapar de aquellos lugares, porque si mi insana curiosidad me hubiera llevado a ver las almas de amigos, parientes, deudos y conocidos, seguramente habríame muerto del susto, quedándose allí la mía, no en el sitio destinado a las perversas, sino donde se agrupan las absolutamente pulcras y ponderosas.

—No te preocupes ni el desencanto te aplane. Recuerda aquella retahila que dice: «¿Qué hay más ligero que la pluma? El polvo. ¿Y más ligero que el polvo? El viento. ¿Y más ligero que el viento? La mujer. ¿Y más que la mujer? Nada.» Y ahora, vete, que ya el tiempo de tu permiso concluyó—habló San Pedro.

—¿Y me iré, santísimo Padre, sin que me aclares el misterio que aquí me trajó?—interpuse, al verme ya al término de mi fantástico viaje.

—¿Para qué quieres saberlo? En el espíritu de los que habitáis en vuestro pequeño mundo más fuerza han tenido y más guerra han dado los misterios que las verdades. Vive en la duda y no te cierres el camino de la esperanza—me contestó el divino portero de la Gloria.

—Permíteme, al menos, que suelta aquí mi alma y me lleve una nuececita, de esas que he visto tan pulcras y comedidas, y que esté dotada de condiciones especialísimas para evitar los engaños, huir los peligros, dominar las pasiones, vencer los obstáculos, columbrar lo no venido y...

—Y un triple bronce alrededor del pecho. ¿No es esto lo que pides? Pues no se te puede otorgar. Conténtate con el alma que Dios se ha servido concederte, y cuando resurjas en otro ser de tu misma especie, veremos de complacerte—me interrumpió San Pedro, y... ya no recuerdo más.

Quedóse todo lo que llevo dicho en un escondrijo de mi memoria; pasaron los años y a ella acudí, de repente, cuando menos lo esperaba, al leer los versos que encabezan estas líneas.

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española.

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

Enseñanza de la Arquitectura. Cultura moderna técnico-artística, por Teodoro de Anasagasti.—Este famoso arquitecto, a cuyo genio se deben muchas de las construcciones que embellecen Madrid y otras ciudades de España, cateático numerario de la Escuela Superior de Arquitectura, medalla de oro en concursos nacionales y extranjeros, acaba de publicar la obra a que nos referimos, por todos conceptos magnífica, de tan alto valor didáctico como artístico, pues a las muchas enseñanzas que encierra, avaloradas por una cultura técnica vastísima, se une un sentido tan hondo de la belleza, armonizando lo clásico con las modernas teorías estéticas, que esta *Enseñanza de la Arquitectura* se convierte en un libro inapreciable, no ya para los profesionales única-

mente, sino, en general, para todo espíritu artista.

Vida anecdótica de los grandes artistas dramáticos y líricos.—*Talma y Meyerbeer*, por Antonio Muñoz Pérez.—Estos dos libros, publicados por la Casa editorial Franco-Iberoamericana, de París, con magníficas ilustraciones documentales, son de un alto interés para la historia del Arte.

Entre lobos (novela), por André Loruhot.—Esta vibrante novela del célebre escritor francés, tan atrevida y ardiente, ha sido admirablemente vertida al castellano por el insigne político y escritor Eduardo Barriobero.

Antología americana. (Lira romántica, primera época), seleccionada por Alberto Ghirardo.—Se acaba de publicar el cuarto volumen de esta inestimable

Antología, obra que con un fervor digno del mayor encomio está llevando a cabo Alberto Ghirardo, el insigne poeta y dramaturgo argentino, tan español por sus afectos y prestigio entre nosotros. Este nuevo volumen constituye una valiosísima aportación al tesoro de la lírica española, que tan excelsos frutos ha dado en las tierras de América.

Ingeniero Mars (novela), por Norbert Jacques.—Hemos recibido esta hermosa novela alemana, editada por el «Drei-Masken Verlag», de Berlín, obra de desbordante fantasía científica y del más hondo interés dramático.

Una aventurera (novela), por Valentín de Pedro.—Este ilustre escritor argentino, tan nuestro ya, está logrando con su nueva novela *Una aventurera*, llena de amenidad e interés, un éxito tan grande como merecido.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Últimas novedades:

JOSÉ FRANCÉS:	Pesetas.
<i>El alma viajera</i>	5
HERNÁNDEZ CATÁ:	
<i>Una mala mujer</i>	5
PÉREZ DE AYALA:	
<i>Tinieblas en las cumbres</i>	5
MARCELA VIEUX:	
<i>La arrepentida</i>	5
COLETTE WILLY:	
<i>La casa de Claudina</i>	5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Pedidos directamente:

«MUNDO LATINO»—APARTADO 502

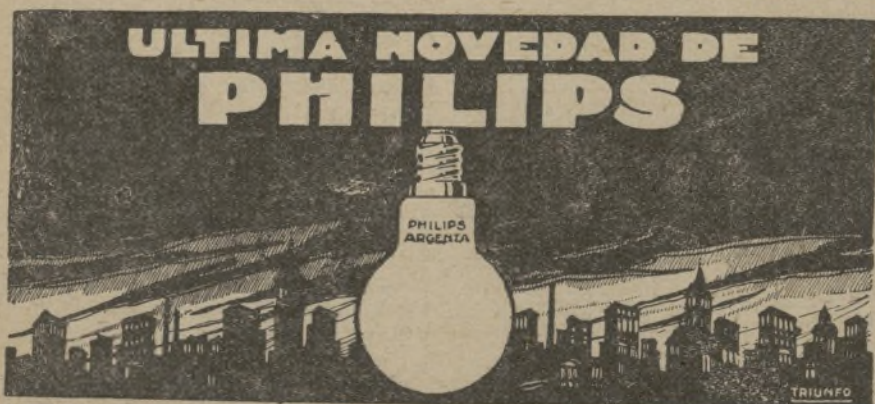
BAÑOS DEL NORTE

Jardines, 16

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO, ABIERTO TODO EL AÑO

Aduana, 25

Baños especiales de este Establecimiento: Baños perfumados de rosa, violeta, lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.— Baño y ducha estimulante neuro-tónico, serie de diez, 35 pesetas.— Baños populares de cinco a ocho de la mañana y de dos a cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.— Duchas frías, en cualquier aparato, 1,50; por abono desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.— Duchas escocesas, calientes, alternas y orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.— Duchas de vapor, 3,50; por abono desde diez, 3 pesetas.— Servicio de ropa: sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.



ARGENTA
Luz más hermosa y más decorativa
para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: **ADOLFO HIELSCHER, S. A.**
Almacén de material eléctrico
MADRID: Calle del Prado, 30.— BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS • ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALA
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones



CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.— Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)